



Lingüística y Literatura

ISSN: 0120-5587

revistalinylit@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Forero Quintero, Gustavo

La novela de crímenes en Colombia a partir de la teoría de la anomia: el caso de

Comandante Paraíso de Gustavo Álvarez Gardeazábal

Lingüística y Literatura, núm. 55, enero-junio, 2009, pp. 72-85

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476549816005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La novela de crímenes en Colombia a partir de la teoría de la anomia: el caso de *Comandante Paraíso* de Gustavo Álvarez Gardeazábal\*

Gustavo Forero Quintero\*\*  
Universidad de Antioquia

Recibido: 27/02/2009 Aceptado: 24/03/2009

**Resumen:** Este trabajo expone un caso de aplicación del concepto general de la anomia a la novela *Comandante Paraíso* de Gustavo Álvarez Gardeazábal. Se entiende la anomia como la ausencia de norma o la pérdida de vigencia de la misma, a partir de la teoría de Emile Durkheim desarrollada posteriormente por Lidia Girola y Peter Waldmann. La propuesta presentada se inscribe dentro del proyecto de investigación “La anomia en la novela de crímenes del siglo XX en Colombia (1990-2005)”, cuyo objetivo principal es caracterizar el género novela de crímenes a partir del concepto de anomia. Esta perspectiva sugiere un nuevo tratamiento de lo que hasta ahora ha sido considerado el género policíaco en Colombia con el fin de proponer lecturas originales de esta clase de literatura.

---

\* Este trabajo recoge resultados parciales del proyecto de investigación “La anomia en la novela de crímenes en Colombia (1990-2005)”, apoyado por la Universidad de Antioquia, a través del Comité para el Desarrollo de la Investigación, CODI.

\*\* Doctor en literatura de la Universidad de Salamanca (España), profesor de tiempo completo en la Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia. Contacto: [gustavoforero@comunicaciones.udea.edu.co](mailto:gustavoforero@comunicaciones.udea.edu.co)

**Palabra clave:** Anomia, Novela, Crimen, *Comandante Paraíso*, Álvarez Gardeazábal.

## **Crime Fiction Novel in Colombia based on the Anomia Theory: the Case of *Comandante Paraíso* by Gustavo Alvarez Gardeazábal**

**Abstract:** This paper presents an application case of the general anomia concept in the novel *Comandante Paraíso*, written by Gustavo Álvarez Gardeazábal. According to the theory of Emile Durkheim which was further developed by Lidia Girola and Peter Waldmann, anomia is the absence or loss of personal norms, standards or values. The submitted proposal is framed within the research project “Anomia in crime fiction novels in the XXth Century in Colombia (1990-2005)”. It aims at characterizing crime fiction under the concept of anomia. This perspective suggests a new treatment of what has been considered to be the crime fiction genre in Colombia, in order to propose original readings of this type of literature.

**Key words:** Anomia, novel, crime, *Comandante Paraíso*, Álvarez Gardeazábal.

### **1. Introducción**

**E**n Colombia, la consolidación de un género –novela de crímenes propongo—, con sus características peculiares, tiende a reemplazar la novela policíaca que daba cuenta del carácter “perturbador” del asesinato dentro de un

orden social (de la burguesía, de los militares, de la nobleza) preestablecido. [En la novela policíaca] El detective investiga y detecta problemas graves en las relaciones sociales, pero los problemas no son estructurales sino individualizables. Con la presentación del asesino, el mundo ficcional y, con él, el lector pueden regresar tranquilamente al orden (Pöppel, 2001: 18).

Por el contrario, esta narrativa supone la explicación del crimen como una entidad que se encuentra por fuera de ese orden propio de la dinámica de una modernidad ilustrada. De este modo, si el género tradicional hacía alusión a novelas que se ocupaban del crimen, de la presencia de la policía o de un detective que indagaba en las razones por las cuales se cometió el delito, o bien, de un proceso de restauración del orden legítimo, la novela de crímenes en Colombia se ocupa del crimen como entidad que da cuenta de una situación de anomia que vive la sociedad en pleno. Esta narrativa habla del delito y la responsabilidad individual en un ambiente general de ausencia de norma, o bien, dentro de un proceso de pérdida de vigencia de la misma. Los principios mismos de la modernidad, que privilegiaban el análisis y el *suspense*, el ingenio y el proceso racional que llevaba del hecho a su dilucidación, ceden su lugar a mecanismos épicos difusos y fragmentarios, en todo caso, a discursos que

ponen en tela de juicio la propia idea de organización social. El discurso racional y lógico, característico de una definición burguesa de la sociedad en que el delito debía explicarse, sancionarse y preverse, y que definía en tal sentido el curso de la narración, da paso a un nuevo esquema en que el crimen está por fuera de la razón instrumental y pone en duda el mito del progreso hacia un orden más democrático.

Desde esta perspectiva, una primera cuestión a resolver dentro de esta propuesta es la aplicación de esta teoría de la anomia a la literatura y, en segundo término, ofrecer algunas bases para comprender la crítica que supone esta descripción del mundo imaginado sobre el real.

## 2. La anomia de Durkheim

Para Emile Durkheim (1858-1917), organización social es sinónimo de “normalidad” orgánica (a la manera incluso fisiológica del cuerpo humano o de la competencia darwiniana), en tanto desorganización es cuestión de anormalidad. Así, mientras lo primero exige unidad y solidaridad, lo segundo representa dispersión y caos. En esta dinámica funcional, cuando se presenta una conducta que atente contra el contrato social implícito entre los ciudadanos (encarnado en la ley), es el Estado y, en particular, el Gobierno el encargado de asegurar el restablecimiento de ese orden y esa unidad. En este sentido, el ciudadano debe sentir en un momento dado que hace parte del orden legítimo fundado en la norma: “Efectivamente, ¿de qué se trata? ¿De hacer sentir a cada individuo que él no se basta a sí mismo, sino que forma parte de un todo del cual depende!” (1967: 307). De este modo,

Para que la solidaridad orgánica exista, no basta con que haya un sistema de órganos necesarios entre sí y que sientan de una manera general su solidaridad, sino que es necesario, además, que la manera como deben concurrir, si no en toda clase de encuentros, al menos en las circunstancias más frecuentes, esté predeterminada. De otro modo, a cada instante serían necesarias nuevas luchas para que pudiesen equilibrarse, pues las condiciones de este equilibrio sólo se pueden encontrar con la ayuda de tanteos en cuyo transcurso cada parte trata a la otra como su adversaria, al menos tanto como su auxiliar. Por lo tanto, estos conflictos se renovarían, la solidaridad no sería quizá más que virtual, las obligaciones mutuas deberían debatirse totalmente de nuevo en cada caso particular. [...] Sin duda, por precisa que sea una reglamentación, siempre dejará lugar para muchas tensiones. Pero, no es ni necesario, ni incluso posible que la vida social exista sin luchas. El rol de la solidaridad no es de suprimir la competencia, sino de moderarla (310-311).

Frente a esto, y en aras de la aplicación de la noción de anomia de Durkheim a la novela colombiana, estamos de acuerdo, en primer lugar, con la descripción

de la dinámica inicial de orden/ desorden, pero no con lo que se expone como sus efectos. Realmente la anomia social supone que en principio existe una conducta por fuera de un orden establecido (aunque sea de forma precaria), pero, en ciertos sistemas, a diferencia de lo que expone Durkheim, ésta no puede ser considerada como excepción y, mucho menos, como situación que no encuentra la reacción oportuna del Estado. La recomposición del llamado orden y la vuelta a una solidaridad intrínseca entre un conglomerado humano no surge como una solución automática y legítima del Estado al conflicto que representa la existencia de una conducta considerada en un momento dado como “anormal”. Aunque en efecto nos topamos en cada caso con la transgresión de una normativa preexistente, en un estado de crisis generalizada esa transgresión tiene cada vez más carácter de nueva normatividad con vocación de generalidad. Desde el primer punto de vista, Lidia Girola (2005)<sup>1</sup> señala que, en buena parte, la anomia a la que se refería Durkheim puede producirse siempre que la sociedad atraviese por alguna crisis (31), es decir, por un tiempo de transición que preludia otro tiempo normativo. Sin embargo —y esto es lo que más nos interesa—, en lo que atañe a lo segundo (la nueva situación), extrapolando el concepto de anomia de Durkheim, Peter Waldmann niega el carácter excepcional de una conducta en un momento dado y habla ya de Estado Anómico que se define como aquel en que las conductas anómicas son la regla. Desde este punto de vista, las situaciones sin regulación social son entonces la excepción; la situación social de anomia implica ausencia de normas consistentes y falta de justicia efectiva, es decir, Estados enteros sin una verdadera consolidación normativa (2006). Esta situación puede ser paradigmáticamente expuesta en la literatura colombiana.

Para el contexto que nos ocupa, esto es, para el de la novela colombiana de crímenes de los años 1990-2005, el crimen surge en efecto como entidad que responde a un estado de ausencia de normas y conflicto social generalizado. A diferencia de lo que ocurría en la novela policíaca tradicional, la excepción es entonces la norma pues el contexto mismo en que nace presenta este supuesto. En esta situación común, las expectativas de los ciudadanos, incluidas aquellas económicas, desbordan las ofertas legítimas y, por tanto, ellos tienden a buscar medios sucedáneos para su satisfacción. En estos casos, como en el supuesto sociológico que expone Waldmann, el Estado no responde de una manera efectiva ni mucho menos inmediata a la distorsión.

Esta anomia social tiene especial repercusión y tratamiento en la novela colombiana de los últimos años, pues el propio escritor hace parte de ese mundo en el que

1 Tomamos como base de análisis este estudio, pues además de que recoge lo más importante de los estudios sociológicos de Emile Durkheim, los actualiza a una contemporaneidad industrial que era impensable para el francés. Las páginas de este texto, como las de la novela *Comandante Paraíso*, están entre paréntesis.

se inscribe la obra y su anécdota recrea ese mundo. Como señala Aguiar e Silva, esos elementos empíricos “pertenecen tanto al dominio de la forma interna –visión específica del mundo, tono, finalidad, etc.–, como al de la forma externa –caracteres estructurales y estilísticos, por ejemplo” (176). En este sentido, el tratamiento del crimen, del protagonista criminal, o la resolución novelesca, dan cuenta, en primer lugar, de la visión de mundo del escritor. Así, en la novela colombiana, la anomia social se convierte desde este punto de vista en la regla épica de los narradores pues es dentro de ese contexto que se han forjado como tales. Es decir, el género literario permite describir justamente el Estado anómico al que se refería Waldmann y que hace parte de esa estructura englobante de la que hablaba Lucien Goldmann (1975) para referirse al mundo real del escritor que explica la novela. Por otra parte, en segundo lugar, esta visión de mundo correspondería al desarrollo mismo de la vida y la psicología del personaje escogido, la voz que se expresa o el estilo propio de la novela. Como expone Waldmann, la anomia constituye la regla, y tanto el autor, las novelas y sus personajes responderían a esta lógica intrínseca que define el contexto del escritor y el universo novelesco que crea<sup>2</sup>.

En este orden de ideas, a continuación se propone un caso de aplicación de esta teoría.

### 3. Gustavo Álvarez Gardeazábal y *Comandante Paraíso*

Gustavo Álvarez Gardeazábal (Tuluá, 1945) es uno de los escritores que ha hecho de la novela de crímenes un campo donde se conjuga vida, anomia y creación. En 1998 es elegido gobernador del Valle del Cauca, pero en 1999 es acusado de enriquecimiento ilícito y condenado a seis años de prisión por este delito. En la cárcel, escribe *Verdad y mentira en la literatura colombiana* (2000), libro de ensayo que, además de ser un texto de crítica literaria, le sirve para acceder al beneficio de rebaja de pena. Luego, en este mismo contexto, escribe *Comandante paraíso* (2002), novela en la que cuenta la historia de Abraham Enrique Iscariote Londoño, alias “Comandante Paraíso”, enmarcada en la violencia bipartidista de los años 50 y, sobre todo, en el ambiente del narcotráfico de finales de siglo XX. La inclusión del autor, “Doctor Gustavo Álvarez Gardeazábal”, como destinatario de dos de las 15 cartas del Gabriel Ángel, personaje que da cuenta de la historia, hace del escritor personaje de su propia novela y permite construir la primera imagen anómica del contexto y del mundo imaginado.

2 Este tema fue expuesto por primera vez en el marco del *XXV Congreso Nacional de Lingüística, Literatura y Semiótica. 150 años del natalicio de Tomás Carrasquilla* con la conferencia “La anomia en *Comandante Paraíso* de Gustavo Álvarez Gardeazábal” el 24 de septiembre de 2008. Para este trabajo conté con colaboración de Margarita Isaza, periodista, como coinvestigadora, y Andrés Castrillón, filósofo, como estudiante en formación.

En la novela, Abraham Enrique Iscariote Londoño es hijo del judío Abrahán Iscariote y de Anacarsis, habitante de Alcañiz. Al día siguiente de la concepción de Enrique, su padre es asesinado. Un par de meses después Anacarsis se casa con Temístocles Londoño, quien también es asesinado cuando Enrique es un niño. *Comandante Paraíso* es una novela que narra la vida de este hombre, a partir del relato que Enrique hace de ella en una entrevista al escritor. En la obra, el protagonista cuenta su historia desde su infancia hasta su experiencia como narcotraficante, alias “Comandante Paraíso”, activo en el tráfico de cocaína a Estados Unidos y Europa. El personaje relata los primeros trabajos en la finca de Albertino, la Aurora; la creación de una flota de transportes y acarreo en su pueblo y el ingreso en el negocio de la droga. Asimismo, cuenta cómo comenzó “cocinando” en las selvas del Guaviare, cómo se traficaban los alucinógenos hacia Estados Unidos y cómo adquirió poder. Narra también los asesinatos que cometió para consolidarse en la producción y distribución de cocaína, así como las facilidades que le trajo en la expansión de este negocio en Norteamérica su condición judía. Paralelamente a esta narración, en la novela hay testimonios que contribuyen a dar un panorama de la vida del pueblo del Alcañiz alrededor del tráfico de drogas. Entre las narraciones más destacadas está la de un sicario, que en primera persona relata el primer asesinato que cometió bajo la orden de sus patrones. La orden era matar a Ramiro, uno de los asesinos más hábiles que trabajaban con él. Luego de este crimen, el sicario cuenta la cantidad de muertes que ha cometido y su vida delictiva al servicio de Comandante Paraíso.

Desde este punto de vista, en *Comandante Paraíso* el narrador da cuenta del cambio que se produce en Alcañiz como consecuencia del narcotráfico. En principio, el enriquecimiento de Londoño produce sus efectos:

Cuando Alfredo se apareció en la tienda de Anacarsis de Londoño en Alcañiz y le llevaba un gigantesco enfriador de botellas y un juego de vitrinas nuevas y cinco cajones abiertos para cambiarle los que ya tenía [...] nadie entendió que la vida de ese caserío, pegado con más esperanza que fuerza al pie del monte cordillerano, iba a cambiar tan radicalmente (235).

Luego, con la llegada del Comandante Paraíso el pueblo sufre una transformación radical, una especie de modernidad fáustica, de la que se da cuenta en la novela así:

El Comandante no volvió a Alcañiz hasta cuando no tuvo todo listo. Alfredo le hizo las vueltas, consiguió los ingenieros y casi hasta dirigió las obras; Alcañiz no era ni será muy grande. Son tres calles y el parquecito. En una vivía Anacarsis, en la otra está el puesto de salud y en la tercera la caseta del teléfono. Pero todas ellas, de cabo a rabo, las pavimentó la plata de Enrique Londoño [...] y, por supuesto, siguió patrocinando el granero de Anacarsis para que ella

vendiera allí de todo al precio más increíble [...] Ese día, entonces, con el caserío totalmente transformado, con una banda de música y cohetes, banderitas y colgandejas, Enrique Londoño, el hijo del Iscariote, volvió donde había nacido [...]. Era un 23 de diciembre cuando él llegó manejando el mismo yip willis en el que lo habían conocido años atrás. Los regalos llegaron en camiones detrás de él, como si fuera una caravana del desierto (285-286).

Respecto de un contexto excepcional como éste y tomando en cuenta los postulados de Durkheim, Girola advierte sobre una anomia como la de esta novela, al señalar que ésta:

se caracteriza porque la sociedad, que es un poder que ‘regula los sentimientos y la actividad de los individuos’, en situación que implican ‘perturbaciones del orden colectivo’, ya sean ‘crisis dolorosas o felices’, pero que siempre se producen en el marco de ‘transformaciones demasiado súbitas’, deja de ejercer ese papel regulador, de contención de las pasiones y aspiraciones de los individuos, y ya no pone límites a lo que la gente puede desear o hacer, o en la medida en que estos límites son lábiles, las sanciones son débiles o inexistentes (30-31).

Esta situación sin límites en el pueblo de Alcañiz se presenta, entre otros momentos, cuando muere la madre de Enrique Londoño. Entonces, al margen de una moral social, el pueblo apoya y teme al Comandante Paraíso por los beneficios y perjuicios que recibe de éste:

La última vez que en este mundo han visto a Enrique Londoño, conocido para unos como Comandante Paraíso, para otros como el dueño absoluto del poder de esta tierra, fue la tarde de octubre en que vestido de azul oscuro y corbata roja, acompañado por todos los que le recordaban manejando los yipaos de la montaña, por todos los hijos y los nietos de los que el negocio fue dejando en los cementerios y por miles y miles de gentes que de una manera u otra han cambiado su situación económica [...], recorrió las siete cuerdas de Alcañiz, desde la iglesia hasta el mausoleo de los ángeles trompeteros llevando el cadáver de Anacarsis. Todavía no había montado el Ejército Nacional de los Traquetos con el que hoy aterroriza a civiles y uniformados. Tampoco estaba en las listas que desde que comenzaron a entregarse los capos viejos fueron apareciendo. Pero había miedo en Alcañiz y en sus alrededores porque el regreso de semejante hombre tan poderoso podía ser utilizado por los agentes secretos de la DEA o por los mismos policías sinvergüenzas para echarle mano a él o alguno de los otros señores que todavía andaban sueltos por ahí (336-337).

Esta situación ambivalente ilustraría justamente el estado de confusión anómica que vive la sociedad en la novela. La falta de una normatividad reconocida como tal por la población y el quebrantamiento de las pautas elementales de un Estado de Derecho, que se encarnan en el miedo general ante el Comandante y la probable



aparición de los agentes de la DEA y “policías sinvergüenzas”, permiten hablar de crisis social. Como señala Girola a propósito de los planteamientos de Durkheim:

Es claro que en su caracterización de la anomia Durkheim intenta resaltar dos aspectos fundamentales: por un lado, la falta de normatividad aceptada y a la vez la imperiosa necesidad de lo que se ha dado en llamar el Estado de Derecho, que permitiría regular de acuerdo a principios mutuamente impuestos, las relaciones en las diferentes esferas de la vida social (2005: 32).

En cuanto a lo primero, en la novela de Álvarez Gardeazábal el personaje mismo es una muestra de la falta de una normatividad o, por lo menos, de una aceptación de la existente:

Los pasos de Enrique Londoño siempre fueron los de un comandante. Todos los media, todos los daba convencido de tumbar la presa de un solo manotazo [...]. Para cada quien tenía un método, para cada ocasión un nuevo plan. Con la misma facilidad con que remendaba botones o pantalones rotos en la oscuridad de la manigua amazónica, tejía la red de sus intrigas, el afán de sus pasiones o se inventaba los recursos para sobrevivir. Se los ha seguido inventando porque hasta ahora no ha existido nadie igual a él y sólo él ha podido escapar de los cercos y de las persecuciones, las confiscaciones y las traiciones. Por eso lo llaman el Comandante Paraíso (242).

En lo que atañe a lo segundo, a la imperiosa necesidad de lo que se ha dado en llamar el Estado de Derecho, justamente en la novela analizada las instituciones tradicionales de ese Estado de Derecho resultan permeables al narcotráfico y la corrupción. De esta manera las instituciones mismas revelan la sociedad anómica que se describe. Así, entre otras cosas, algunos miembros de la fuerza pública trabajan o reciben los beneficios de los jefes del negocio del narcotráfico. Así lo explica el sicario Ivanov:

Ha habido de todo pero ninguno como el coronel Valdenebro, el comandante del batallón. A nosotros nos había hecho muchas. Al patrón lo exprimía semanalmente y cuando teníamos viaje de mercancía o llegada de los baúles con los verdes, la tarifa se quintuplicaba. Si el patrón se veía con él personalmente, en alguna finca de las orillas del Cauca o arriba en la montaña, no pasaba nada. Él recibía su maletín metálico repleto de billetes y se iba dizque a seguirnos protegiendo. Pero cuando no era el patrón quien le entregaba la mordida, el que cargaba el maletín algo le pasaba. Inicialmente no nos dimos cuenta porque se demoraba de a mes en bajarlos o desaparecerlos y no hilábamos tan delgadito. Pero cuando ya se nos había bajado una docena, entre envoltados del todo y acibillados flotando en las aguas del Cauca, río abajo, se nos ocurrió que las dos cosas en común que tenían esos muchachos era la de trabajar con el patrón y la de haberle ido a llevar el maletín al coronel (64-65).

En este caso, la imperiosa necesidad del Estado de Derecho se encarna en la urgencia de una autoridad legítima y honesta. Una autoridad policiva que cumpla los fines para los cuales se ha estatuido. Este presupuesto, como los anteriores, puede ampliarse a partir de otras perspectivas de la anomia.

#### **4. La psicología de los personajes y la anomia económica**

Desde el punto de vista subjetivo de la anomia, es decir, desde la perspectiva psicológica propiamente dicha, el apodado Comandante Paraíso, traficante de drogas y delincuente respetado por el pueblo, no se reconoce de manera alguna en el contenido de una norma jurídica o aún moral. Él ha infringido las leyes civiles y morales de la comunidad y ha construido su propio código de antivalores. Código que encuentra su legitimación en el contexto que le rodea. Así afirma:

Hasta los trece años estuve en Alcañiz. Allí aprendí a no morirme de hambre, a distinguir entre lo que es bueno y es malo, a saber que la muerte no es sino una herramienta de la vida, que los ladrones son de dos clases: los egoístas y los generosos. [...]. Alcañiz fue la escuela de mi vida, la escuela que nunca tuve (46).

Luego, una vez progresa el negocio transnacional, el comandante afirma:

Yo siempre he dejado la plata en Nueva York. Yo los puse a trabajar para mí y es de las utilidades que me dejan todas las inversiones que la mujer de Tittler me ha hecho en la bolsa y en esa mano de negocios que los gringos sólo dejan hacer a los judíos, es como me he llenado de plata y comprado la vacuna para que no me puedan acusar de nada. Usted lo sabe, doctor, para corruptos y bandidos esos gringos. Si no fuera así no se gastarían la fortuna que se gastan todo el año metiendo cocaína (48).

Así, como puntualiza Girola:

La otra faceta de la formulación durkheimiana se refiere específicamente a la anomia como a una falta de límites impuestos socialmente, cuyas consecuencias pueden ser muy diversas, desde la incertidumbre y el desasosiego hasta el pensar que todo se vale (31).

En el caso de *Comandante Paraíso*, la falta de legitimidad del Estado y la ausencia de límites íntimos que puedan llevar al cumplimiento de la norma por parte de los ciudadanos llevan a los individuos a una franca situación anómica: ellos se desenvuelven al margen de una norma, pero, además, al margen de una moral social o religiosa que garantice la pervivencia de la comunidad. Al respecto, es ilustrativa la respuesta del sicario a la pregunta del escritor/reportero:

—¿Se arrepiente de los muertos que tiene a sus espaldas?

—Uno no se puede arrepentir del oficio. La Virgen del Carmen se lo manda y uno tiene que hacerle para pagar en vida y no en el purgatorio como ánima bendita. Si no, ¿cómo podría haber levantado a mis muchachos?

—¿Hasta cuando va a seguir disparando?

—Como oficio, ya lo dejé. Tengo 40 años y soy el abuelo de todos estos gorriones. A esta edad no se mata, se vive (30).

De este modo, la situación anómica incluye el ansia de salir adelante, aunque sea en términos económicos. La anomia es, en realidad, ese estado de confusión ideológica en la organización social donde resulta imposible que el individuo se reconozca en el contenido de la norma. Pero además, este estado tiende a perpetuarse en lo que hemos llamado con Waldmann el Estado anómico. Al respecto, el Comandante afirma —con una curiosísima perspectiva histórica—:

Yo, hasta ahora, doctor no me he metido con la heroína porque eso me parece cosa de asiáticos, pero si los gringos meten heroína, nosotros les vendemos. Yo no me he metido con mulas porque siempre he llevado o se me han caído cargamentos grandes [...]. Pero la droga entra no porque nosotros seamos capaces de llevarla en alas iguales a las de los ángeles o en los aviones de la Air Force sino porque allá siempre hay quien nos la deje entrar. De manera que todo esto que hacen contra Colombia por producir cocaína nunca servirá de nada mientras ellos allá no combatan su propia corrupción [...]. Pero como todo eso a mi se me volvió ya una costumbre, como el engranaje que tenemos es para exportar lo que sea, lo que hemos hecho para abaratar los costos, es decir, para vender más, ha sido disminuir lo que hay que pagarles a los federales en las calles gringas [...]. Ahora se consigue la perica más barata no porque haya exceso de oferta sino porque la estamos vendiendo nosotros en todas las esquinas. Nos volvimos una multinacional y como nadie sabe ahora quiénes son los verdaderos capos del negocio o quiénes los que trabajan, esto va para largo (342-343).

En efecto, el comandante justifica su situación: se adecúa a una realidad que no ha sido propiciada por él y, sobre todo, a una realidad que “va para largo”. Sobre esto, Girola afirma:

En *El suicidio* —título del estudio de Durkheim— es la ausencia de una regla moral interiorizable por los individuos; es un estado moral de una sociedad sin regla o donde la regla ha perdido su autoridad absoluta (46).

En la novela de Álvarez Gardeazábal ni siquiera la moral judía es suficiente. Todo vale. Así, sobre el culto judío afirma el personaje:

Pero yo no tuve nunca que ver con judíos y solo ya curtido, cuando les metí esos goles a los gringos, y negocié con los Tittler de Nueva York y me llevaron allá para asustarme con lo que ellos dizque hacían, fui a una sinagoga y me pusieron el gorrito y prendieron los siete candelabros. Pero no me gustó. Me pareció más maricón que una misa con muchos curas y como tampoco volví a Nueva York y la mujer de Tittler ha seguido manejando el negocio y nunca me ha tumbado, yo no volví a saber de judíos ni de sinagogas pero no les puedo negar que tengo mi cosita heredada y que me ha servido, porque si no, explíqueme como (sic) yo soy el único de todos al que no han podido meter ninguna de las acusaciones que han estado mandado de Estados Unidos para hundirnos. Claro que la mujer de Tittler se ha movido como una tigra, pero aunque sea así, ella lo hace porque es judía y porque yo en el fondo lo soy y esos judíos mandan en Nueva York y me han hecho llenar de plata, no se lo voy a negar... (32-34).

Tan al margen de la norma jurídica y social está la conducta de estos “delinquentes” que la vida misma hace parte de una condición contingente y cada vez más despojada de valor. Al respecto, el sicario (Ivanov) señala:

Cuando uno dispara tiene dos oportunidades: o le mira la cara al caído o se la imagina. Al principio, yo no se las miraba. Si tenía que disparar en quieto, prefería pegarle los tiros por la nuca o por la espalda para verla desplomarse. Y si iba en moto, se los pegaba de lado, para que el perfil no me permitiera verle la mueca [...]. Pero a medida que fui cogiendo experiencia, le busqué el gusto al asunto y, de pronto, hasta entretención al deber y fui clasificando las caras, las muecas y hasta el susto de los caídos (64).

De este modo, poco a poco el gusto da pie a la aceptación de formas lentas del daño, como la tortura, que se hacen normales en esa situación de confusión anómica que vive la sociedad:

Aun cuando Jaime Serna siempre dijo que lo criaron amarrado a un poste, todos estuvimos convencidos de que él era la reencarnación de esos torturadores chinos de las dinastías mongólicas que sabían hacer sufrir a la gente sin que se les muriera. Todos los trabajos que llegaron para hacer hablar a la gente, se los encomendaron a él. Varios dieron resultado y por lo que alcanzó a sacar se pudieron evitar varios fracasos y, sobre todo, cortar esos malditos hilos de información que nos metía la DEA o los militares. Yo, que fui su ayudante hasta el día en que lo encontraron amarrado de dos troncos de guanábano, con restos de haber sido untado de miel y picado por hormigas, alacranes y abejas africanizadas, no puedo negar que Jaime era cruel pero no por malo sino por gozo y a mí, que apenas fui un aprendiz todo el tiempo, lo que me enseñó fue a sentir satisfacción en lo que hacía, no importando los resultados (310).

En síntesis, de acuerdo con los postulados de Durkheim, cuando una sociedad sufre la pérdida de los valores compartidos cae en un estado de “anomia” (*sin*

*norma, sin ley*) y los individuos que la componen experimentan un creciente grado de ansiedad e insatisfacción. No obstante, contrario a lo expuesto por el sociólogo francés, en la novela *Comandante Paraíso* esta situación no tiende a solucionarse para volver a la solidaridad social y a su antigua “normalidad”. En lo que atañe a lo primero, Girola afirma:

La anomia explica los comportamientos individuales a partir del estado social; la repercusión psíquica del desorden, cualquiera que sea la forma que la revista, económica o sexual, es semejante. En situación de anomia económica, no se trata más que de deseos exigentes, impacientes o desencadenados, de sed de infinito que engendran fatiga, tormentos, amargura, inquietud o desencanto. A esto se contraponen la tranquilidad, la satisfacción de ser y de vivir, la alegría serena y activa, el equilibrio, la armonía y la felicidad en una sociedad donde se imponen límites a las pasiones (2005: 46).

En cuanto al reestablecimiento de un orden, no podemos decir que en la novela *Comandante Paraíso* los individuos que componen la sociedad novelesca experimenten un creciente grado de ansiedad e insatisfacción, o que su anomia económica se circunscriba a deseos exigentes, impacientes o desencadenados, a una sed de infinito que engendra fatiga, tormentos, amargura, inquietud o desencanto. Es un hecho que su testimonio da cuenta de los efectos más inusitados del narcotráfico en el pueblo y el país, pues estos suponen un Estado anómico como el señalado por Waldmann. Así, por una parte está esa adecuación del Comandante a una situación que considera determinada por los norteamericanos y que “va para largo”; o bien, por otra parte, se presenta ese gusto por la muerte y la tortura por parte de Ivanov o Jaime Serna. La tercera vía, esto es, la leve esperanza en la reconstrucción de un aparato social o aun jurídico que conserva Gabriel Ángel, surge como una utopía imposible en el tiempo del desencanto fundamental.

En cuanto a este último personaje, la situación resulta casi caricaturesca: desde una cárcel en los Estados Unidos, Gabriel (su nombre parece entonces una parodia cáustica) echa en falta la tranquilidad, la satisfacción de ser y de vivir, la alegría serena y activa, el equilibrio, la armonía y la felicidad en una sociedad donde eventualmente se equilibran las pasiones. Capturado y preso por tráfico de drogas, dirige seis cartas al patrón, seis a la madre, una a la tía Leonor y dos al escritor/personaje Gustavo Álvarez Gardeazábal que acaso pretende expresar lo que considera su propio estado anómico dentro de un sistema que lo ha condenado. Así, en una carta a su madre, el 16 diciembre de 1988 Gabriel se expresa en estos términos:

Este año va a ser el primero de por lo menos ocho años en los cuales no podré pasar ni las navidades ni el año nuevo con ustedes y aunque ello es muy doloroso creo que mi caso es menos duro que los otros que he ido conociendo en esta prisión (61).

En este caso, el reconocimiento a una moral familiar, arquetípica, permite cierta esperanza. Y el hecho no se queda ahí pues sirve de antesala al reconocimiento de la anomia: luego, en una carta al patrón Enrique del 15 de diciembre de 1990, el personaje echa de menos un orden jurídico:

Va el saludo por estas fiestas de navidad y año nuevo. Espero que esté trabajando que da miedo para rescatar todo el tiempo que perdió encerrado. Los que saben aquí tienen mucha esperanza en la Constituyente. Lástima que el man ese de Gardeazábal no haya salido elegido. Él sí les había dicho lo que era. ¿Fue que ustedes no pusieron la mano por él o que él, como siempre, no les quiso recibir la ayuda? Ojalá que puedan imponer la prohibición de la extradición porque eso es una vergüenza. Vea lo de Lehder, lo tratan como a un perro rabioso, encerrado en una cárcel bajo tierra (211).

La esperanza en una Constituyente o en una figura creíble como el propio escritor de la novela, Álvarez Gardeazábal, sumada a la unión familiar, le permiten a Gabriel conformar cierta imagen de un nuevo orden posible y deseable. La prohibición de la extradición es sólo un ejemplo de norma que componga ese orden. Este sueño no haría más que demostrar esa necesidad siempre insatisfecha de cambio. El sentimiento navideño resulta un símbolo más de las buenas intenciones de la historia colombiana y acaso, como este pseudoarcángel posmoderno, Gabriel Ángel, un lector desprevenido también buscaría creer en él. No obstante, la anomia se impone.

## 5. Conclusión

Con lo anterior podemos afirmar que en Colombia la particularidad del género novela de crímenes ha superado el campo epistemológico de la novela policíaca. *Comandante Paraíso* habla del delito y la responsabilidad individual en un ambiente de Estado anómico. El crimen hace parte del ambiente general de la sociedad, lo que determina una visión de mundo pesimista. El narcotráfico o la violencia no describen ya conductas particulares sino dinámicas generalizadas (Ziegler: 1998). La solidaridad inicial o final de la que hablaba Durkheim, que actualizaba de forma optimista la teoría del contrato social y que estaría en la base de la novela policíaca clásica, se relativiza de tal manera que hace difícil creer en ella como base de la propia teoría. La novela se refiere a un espacio “anormal”, en la terminología de Durkheim, que configura un Estado y un periodo histórico. La excepción acaba por ser la regla en un mundo sin normas. De ahí el significado de la literatura dentro de una contemporaneidad nacional que no se ajusta a una normatividad legítima y convincente.

## Bibliografía

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo, 2002, *Comandante Paraíso*, Bogotá: Grijalbo.
- Aguilar e Silva, Víctor, 1975, *Teoría de la literatura*, Madrid: Gredos.
- Durkheim, Emile (introducción y estudio previo: Lorenzo Díaz Sánchez), 1998, *El suicidio*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_, (Trad. de David Naldavsky), 1967, *De la división del trabajo social*, Buenos Aires: Schapire S.R.L.
- Giola, Lidia, 2005, *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*, Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Goldman, Lucien et ál, 1975, *Las nociones de estructura y génesis*, I, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pöppel, Hubert, 2001, *La novela policiaca en Colombia*, Medellín: Universidad de Antioquia.
- Waldmann, Peter, 2006, *El Estado Anómico*, Verwuert: Iberoamérica.
- Ziegler, Jean, 1998, *Los señores del crimen*, Barcelona: Planeta.